

LAS CAMPANADAS

Era un día claro y frío y los relojes daban las trece campanadas. Hace días que los campanarios suenan trece veces al día, una vez cada hora en punto y una extra entre las diez y las once de la noche. Poca gente se había dado cuenta, hoy en día nadie usa relojes y la gente suele dormir entre esas horas, no como yo, que, desde que había oído esa extraña campanada por casualidad, me desvelaba todas las noches esperándola.

Pasaron las semanas y continuaba con la misma rutina. No podía creer que nadie se percatara, pero había una pregunta que no salía de mi mente: ¿quién daba esa campanada a deshoras? No soportaba más la incertidumbre, por lo que decidí averiguarlo. Esa misma noche, a las nueve y media, me encaminé a la iglesia dispuesta a conocer la verdad.

Una vez allí, descubrí que no había nadie. Las luces estaban apagadas, solo había la iluminación de unas pocas velas y la de mi linterna. Me senté en uno de los muchos bancos, la soledad que sentía era aterradora, tanto que estuve a punto de abandonar la misión. Disipé rápidamente esa idea de mi cabeza, me era necesario desvelar este misterio para poder dormir tranquila, debía ser valiente. Desperté de mis ensoñaciones cuando un ruido me sobresaltó, el reloj marcaba las diez y media. Me dispuse a seguir el ruido y me di cuenta de que provenía de las escaleras que conducían al campanario, por lo que me armé de valor y las subí en busca del culpable.

Cada escalón que avanzaba hacía que mi corazón se acelerase más, nunca había sentido tanto miedo, pero, igualmente, nunca me había sentido tan fuerte y poderosa. Por fin, llegué al final, temblando y rígida ante la presencia de un hombre encapuchado. No sabía qué hacer o decir, hasta que de pronto él habló; me dijo que sabía por qué estaba allí. No me dio tiempo a reaccionar, ya que él continuó con su monólogo: “Resolveré tus dudas, pero debes escuchar atentamente y no interrumpirme. Esta inusual campanada va dirigida a todos los seres oscuros que habitan nuestro planeta. Estos se trasladan por los pueblos y se van antes de que los descubran. Las acciones desalmadas que tienen lugar en las noches en las que están presentes no son siquiera de mi entendimiento, por tanto, tampoco deben serlo del tuyo.”

Aún estaba procesando sus palabras, cuando un fuerte empujón me hizo tambalear y caer campanario abajo. La caída fue rápida, y mientras transcurría, solo podía pensar en el coste que me había supuesto resolver mis dudas. Finalmente, llegué al suelo, convirtiéndome en la tragedia pasajera de un pueblo que no sabía que era acechado por el verdadero mal.

Icía Bermúdez Maseda – 2.º Bachillerato B